



# Alceste

Eurípides



## ARGUMENTO

APOLO había pedido a las PARCAS que ADMETO, hallándose a punto de sucumbir, pudiera ofrecerles aquel que aceptara morir en su lugar, a fin de poder él vivir todavía igual tiempo que ya había vivido. Entonces ALCESTES, esposa de ADMETO, se ofreció a morir por él, ya que los padres de ADMETO no quisieron sacrificarse por su hijo. Poco tiempo después se produjo el fatal acontecimiento. Pero llega HERACLES a la casa de ADMETO; un criado le informa de la suerte de ALCESTES y él se dirige hacia la tumba, y fuerza a TÁNATOS, rey de los muertos, a alejarse de allí. Conduce a la mujer, cubierta con un velo, a la morada de ADMETO y ruega a éste que la acoja y la guarde, pretendiendo haberla conseguido como premio en un combate. Ante la negativa del otro le muestra, por fin, a la que tanto lloró.

## PERSONAJES

APOLO  
TÁNATOS  
EL CORO  
UNA SIRVIENTA  
ALCESTES  
ADMETO  
EUMELO  
HERACLES  
FERES  
UN SERVIDOR

*(La escena representa la fachada del palacio de ADMETO. APOLO sale de él con el arco en la mano y el carcaj al hombro.)*

## ESCENA I

APOLO

APOLO:

-¡Oh morada de Admeto, en la cual acepté la mesa del mercenario, yo, un dios! Zeus fue causa de ello: había abatido a mi hijo Asclepio, lanzándole un rayo de fuego en pleno pecho; entonces, cegado de ira, maté a los cíclopes, artesanos del fuego de Zeus. Y mi padre, en castigo, me obligó a servir a un mortal. Cuando vine a este país hube de apacentar los bueyes de mi amo y he protegido hasta hoy esta morada. Pues siendo yo mismo justo, fue a un hombre justo a quien hallé en el hijo de Feres. Lo salvé de la muerte engañando a las Parcas, y las diosas me prometieron que Admeto viviría si en su lugar se ofrecía otra víctima al Hades. Tras haber puesto a prueba a todos sus amigos, a su padre y a la anciana madre que le dio el

ser, nadie, excepto su esposa, consintió en morir por él y en no volver a ver la luz. Ahora, dentro de la casa, sus brazos la sostienen, moribunda, pues ha llegado el día fatal en que ella ha de abandonar la existencia. En cuanto a mí, temeroso de que alguna mancilla me alcance dentro de esa morada, abandono el palacio cuyo techo me es tan querido. He ahí a Tánatos, lo veo ya muy cerca al ministro de los muertos, disponiéndose a conducir al Hades a la infortunada Alcestes. Ha llegado el momento justo; velaba, al parecer, el día en que ella iba a morir. *(TÁNATOS aparece con la espada en la mano. Es barbudo, tiene unas grandes alas y viste de negro.)*

## ESCENA II

### APOLO y TÁNATOS

TÁNATOS:

-¡Ah, ah! ¿Qué buscas en esta morada? Una vez más arrebatas injustamente sus honores a los Demonios subterráneos. ¿No te conformas con haber desviado el destino de Admeto, engañando con tus astucias a las Parcas? Y ahora velas de nuevo, con el arco en la mano, por ésta, por la hija de Pelias, que ha prometido a su marido libertado morir por él.

APOLO:

-¡Tranquilízate! Ciertamente, están de mi parte la justicia y las verdaderas razones.

TÁNATOS:

-¿Y para qué necesitas ese arco, si tienes de tu parte la justicia?

APOLO:

-Tengo costumbre de llevarlo siempre.

TÁNATOS:

-Y de proteger esta morada contra toda injusticia.

APOLO:

-Me afligen, en efecto, las desgracias de un hombre a quien quiero.

TÁNATOS:

-¿Aspiras a quitarme también ese otro muerto?

APOLO:

-No te lo he quitado por fuerza.

TÁNATOS:

-¿Cómo se encuentra, pues, sobre la tierra, y no debajo de ella?

APOLO:

-Porque ha entregado en lugar suyo a su mujer, que es la que vienes a buscar.

TÁNATOS:

-¡Y en verdad que me la llevaré conmigo!

APOLO:

-¡Cógela y vete! Porque no sé si podré persuadirte...

TÁNATOS:

-¿De qué? ¿De matar a quien hay que matar? Esa es, en efecto, mi misión.

APOLO:

-No es ésa, sino llevar la muerte a los que tardan morir.

TÁNATOS:

-Comprendo esta razón y tu celo.

APOLO:

-¿Hay, pues, algún medio de que Alcestes llegue a la vejez?

TÁNATOS:

-No hay ninguno. Comprenderás que yo también deseo disfrutar de mis honores.

APOLO:

-Seguramente, no te llevarás más que un alma.

TÁNATOS:

-Cuando los jóvenes mueren, alcanzo una gloria mayor.

APOLO:

-Pero si ella muere vieja, se la enterrará con magnificencia.

TÁNATOS:

-En favor de los ricos, Febo, estableciste esa ley.

APOLO:

-¿Qué has dicho? ¿Tan sutil te has vuelto sin que lo sepamos?

TÁNATOS:

-Aquellos a quienes les tocaron en suerte riquezas se redimirían para morir viejos.

APOLO:

-Así, pues, ¿no quieres concederme esta gracia?

TÁNATOS:

-¡No, por cierto! Ya conoces mis costumbres.

APOLO:

-¡Funestas a los mortales y odiosas a los inmortales!

TÁNATOS:

-No obtendrás nada de lo que no debes obtener.

APOLO:

-Aun siendo tan cruel, te aplacarás, no te quepa duda. A la morada de Feres, enviado por Euristeo desde las frías llanuras de Tracia, llegará un hombre encargado de recobrar el carro y los caballos, el cual, habiendo recibido hospitalidad en el hogar de Admeto, te quitará por la fuerza a esa mujer. Así nada tendré yo que agradecerte y harás, no obstante, mi voluntad. Pero no por ello me serás menos odioso. *(APOLO sale de escena.)*

TÁNATOS:

-Por mucho que hables, nada has de obtener. Esa mujer bajará a la morada de Edes. Voy a buscarla, a fin de efectuar con mi espada el sacrificio; porque está consagrado a los dioses subterráneos aquel de cuya cabeza esta espada cortó siquiera un cabello. *(TÁNATOS entra al palacio. Quince ciudadanos de FERES, precedidos del FLAUTISTA, entran en escena.)*

## ESCENA III

### CORO DE CIUDADANOS

SEMICORO 1º:

-¿A qué obedece esta soledad en el atrio? ¿Por qué está silencioso el hogar de Admeto?

SEMICORO 2º:

-¿No hay aquí ningún amigo que pueda decir si debemos llorar la muerte de la reina, o si Alceste, la hija de Pelias, la que se ha mostrado ante todos como la mejor de las esposas para su marido, vive y ve todavía la luz?

SEMICORO 1º:

-¿Oye alguno, en la morada de Admeto, gemidos, palmadas o lamentos, como si el hecho se hubiese consumado? Ninguno de los esclavos está de pie en las puertas. ¡Plegue a los dioses que te aparezcas, oh Peán, a fin de aplacar estas olas de infortunio!

SEMICORO 2º:

-Seguramente no callarían si ella hubiese muerto. Porque no creo que se hayan llevado de su morada el cadáver.

SEMICORO 1º:

-¿Por qué no lo crees? ¿Por qué estás seguro?

SEMICORO 2º:

-¿Cómo iba a celebrar Admeto solitarios funerales por su querida mujer?

SEMICORO 1º:

-No veo delante de la puerta el ánfora llena de agua lustral, como es costumbre en la mansión donde hay un muerto; y no escucho

las manos de las jóvenes batiendo palmas.

SEMICORO 2º:

-Este es, sin embargo, el día señalado...

SEMICORO 1º:

-¿Qué dices?

SEMICORO 2º:

-...para que ella penetre bajo la tierra.

SEMICORO 1º:

-Has conmovido mi alma y mi corazón.

SEMICORO 2º:

-Cuando los buenos son víctimas de la desgracia, se debe llorar a quien siempre se tuvo por excelente.

EL CORO:

-No; no existe lugar alguno sobre la Tierra a donde dirigir una nave, ni a Licia ni al árido país de Ammon, para salvar la vida de la infortunada. ¡El momento fatal se aproxima! Y de entre todos los altares donde se sacrifican ovejas, no sé hacia cuál dirigía mis pasos.

EL CORO:

-Sólo él, si sus ojos vieran todavía la luz, sólo el hijo de Febo haría regresar a Alceste de la sombría morada y de las puertas del Hades. Pues él resucitaba a los muertos antes que el fulminante dardo de fuego lanzado por Zeus lo alcanzara. Pero ahora, ¿qué esperanza me resta de que ella vuelva a la vida? El rey ha cumplido todos los ritos; los altares de los dioses están anegados en sangre; nada falta a los sacrificios. ¡Pero no hay ningún remedio para esta desgracia! *(Una SIRVIENTA sale, llorando, del palacio.)*

## ESCENA IV

### CORO DE CIUDADANOS, SIRVIENTA

EL CORO:

-Pero he ahí a una de las servidoras que sale llorando de la morada. ¿De qué nueva desventura voy a enterarme? (*A la SIRVIENTA.*) Gemir cuando sucede alguna desgracia a los amos es digno de perdón. ¿Vive la mujer o ha perecido? Queremos saberlo.

SIRVIENTA:

-Puedes decir que está viva y muerta a la vez.

EL CORO:

-¿Cómo es posible estar muerta y viva?

SIRVIENTA:

-Inclina ya la cabeza para entregar el alma.

EL CORO:

-¡Oh desdichada! ¡Tú, tan digna de ella, qué mujer pierdes!

SIRVIENTA:

-No lo sabrá el amo hasta que lo sufra.

EL CORO:

-¿No hay ninguna esperanza de salvar su vida?

SIRVIENTA:

-Ha amanecido para ella el día fatal.

EL CORO:

-¿No se preparan, pues, las solemnidades?

SIRVIENTA:

-Dispuestas están las galas con que ha de amortajarla su marido.

EL CORO:

-¡Sepa ella, ahora, que muere gloriosamente y como la más admirable mujer de todas las que alientan bajo el sol!

SIRVIENTA:

-¿Cómo no ha de ser la mejor? ¿Quién lo negará? ¿Qué mujer podría superarla? ¿Qué mejor homenaje puede ofrecerse al marido que morir por él? La ciudad entera lo sabe. Pero sentirás viva admiración al conocer lo que ha hecho ella en su morada. Cuando sintió que el día sagrado se aproximaba, purificó su cuerpo en el agua del río y, sacando de los cofres de cedro un traje y adornos, atavióse ricamente aunque con decencia; de pie delante del altar, oró así: «¡Señora! Puesto que voy a descender bajo tierra, al venerarte por última vez, te pido que protejas a mis hijos huérfanos. Únele a él con una mujer que le ame y a ella dale un noble esposo. ¡Que mis hijos no mueran antes tiempo, como yo, su madre, sino que con prosperidad lleven hasta el fin una vida feliz en la tierra de su padre!» Rezando se acercó, uno a uno, a los altares del palacio de Admeto y los adornó con ramos de mirto, sin lágrimas, sin gemidos. La inminente desventura no alteraba en absoluto su natural belleza. Después, entrando en la cámara nupcial, arrojóse sobre el lecho y rompió a llorar, exclamando: «¡Oh lecho donde el hombre por quien voy a morir desató mi virginidad! No te odio, pues sólo a mí me pierdes y muero por no traicionaros ni a ti ni a mi marido. Te poseerá otra mujer no más casta que yo,

pero quizá más dichosa». Cayendo de rodillas, beso el lecho y lo inundó de lágrimas. Saciada por fin de su propio llanto, separóse del lecho con un esfuerzo y luego penetró de nuevo en su cámara repetidas veces y repetidas veces arrojóse sobre el tálamo. Sus hijos lloraban asidos a los vestidos de su madre; tomándolos en sus brazos, ella besaba tan pronto al uno como a la otra, pensando en su muerte cercana. Todos los servidores del palacio lloraban de piedad por su ama. Y ella tendía a todos la mano. Y ninguno se le antojaba lo bastante humilde para no sonreírle y dirigirle la palabra. Estos son los dolores que afligen la morada de Admeto. Herido él de muerte, hubiese perecido; pero habiéndose salvado, sufre ahora una pena tan grande que jamás la olvidará.

EL CORO:

-¡Ah! Sin duda llora Admeto su infortunio, al verse condenado a perder una esposa tan noble.

SIRVIENTA:

-Sí: llora sosteniendo en brazos a su querida mujer, suplicándole que no le abandone. ¡Inútil esperanza! Ella se extingue ya consumida por su mal y pesa en los tristes brazos de Admeto. No obstante, desfallecida, respirando apenas, quiere contemplar aún la luz del sol. ¡Nunca más volverá a ver el orbe y los rayos de Helios! Pero voy a anunciar tu presencia. Todos no son lo bastante fieles a sus soberanos para asistirles con sus simpatías en la desgracia. Tú eres un viejo amigo de mis dueños. (*La SIRVIENTA entra al palacio.*)

## ESCENA V

### CORO DE CIUDADANOS

SEMICORO 1º:

-¡Oh Zeus! ¿Cómo sobreponerse a estos males? ¿Qué remedio poner a la calamidad que abrumba a nuestros amos?

SEMICORO 2º:

-¿Es que alguien va a salir? ¿Conviene que corte mi cabellera y que me vista de luto ya?

SEMICORO 1º:

-¡No cabe ya la menor duda, amigos! ¡Sin embargo, roguemos a los dioses! Ellos lo pueden todo.

SEMICORO 2º:

-¡Oh rey Peán! ¡Ofrece algún remedio a los males de Admeto! ¡Socórrelo, ayúdalo! Lo salvaste ya, pero sé ahora tú el que lo libre de la muerte. ¡Rechaza al insaciable Edes!

SEMICORO 1º:

-¡Cielos! ¡Oh, hijo de Feres! ¡Qué duro golpe es para ti la pérdida de tu esposa!

SEMICORO 2º:

-¿No impulsa esto a degollarse y a hacer más aún que suspenderse por el cuello con un lazo?

SEMICORO 1º:

-¡En efecto, vas a ver muerta en este día no sólo a una mujer querida, sino a la más querida de todas!

SEMICORO 2º:

-¡Hela ahí saliendo de las moradas con su marido! ¡Oh tierra

ferense, grita, gime por esa excelente mujer consumida por el mal que la arrastra bajo tierra, al subterráneo Hades.

*(En la puerta del palacio aparece ADMETO sosteniendo en sus brazos a ALCESTES desfallecida; le siguen sus dos hijos, y luego, servidores y servidoras que colocan en la escena un lecho de reposo.)*

## ESCENA VI

CORO DE CIUDADANOS, ALCESTES, ADMETO  
y EUMELO

EL CORO:

-¡Nunca afirmaré que el matrimonio posea más alegría que dolor, si juzgo por las cosas pasadas, y al ver el destino de ese rey que, tras de perder a la mejor de las mujeres, arrastrará desde hoy una vida que no podrá llamarse vida!

ALCESTES *(Mirando al Cielo.)*:

-¡Helios! ¡Luz del día! ¡Torbellinos celestes de las rápidas nubes!

ADMETO:

-¡Nos está viendo a ti y a mí, dos desdichados que en nada ofendimos a los dioses, para que así se condenen a morir!

ALCESTES:

-¡Tierra y techo de mi morada! ¡Cámaras nupciales de Yolcos, mi patria!

ADMETO:

-¡Yérguete, oh desventurada! ¡No me abandones! ¡Suplica a los dioses poderosos que se apiaden de ti!

ALCESTES *(Contemplando con extraviado mirar un espectáculo invisible.)*:

-¡Ya veo, ya veo la barca de dos remos! Y Carón, el barquero de los muertos, con su pértiga en la mano, me llama ya: «¿Por qué tardas? Ven: te estoy esperando». Así me apremia impacientemente.

ADMETO:

-¡Oh dolor! ¡Amarga es para mí la travesía de que hablas! ¡Infortunada! ¡Qué tormento el nuestro!

ALCESTES *(Con un grito de terror, debatiéndose en los brazos de ADMETO.)*:

¡Alguien me arrastra! ¿No lo ves? ¡Edes alado, mirándome bajo sus cejas negras me lleva a la morada de los muertos! ¿Que vas a hacer? ¡Déjame! ¡Desdichada de mí! ¡Por qué terrible senda estoy caminando!

ADMETO:

-¡Un camino doloroso para tus amigos, y más aún para mí y para tus hijos, que comparten mi pena!

ALCESTES:

-¡Dejadme, dejadme ahora! Acostadme, que mis pies ya no tienen fuerza para sostenerme. *(La colocan sobre el lecho de reposo.)* Hados se acerca; las tinieblas de la noche envuelven mis ojos. ¡Hijos míos, ya no tenéis madre! ¡Salve, oh hijos míos, ved la luz!

ADMETO:

-¡Ay de mí! Esa palabra es más triste para mí que la misma muerte. ¡Por los dioses, no me abandones! ¡Por tus hijos, a quien dejarás huérfanos, levántate, sosiégate! Muerta tú, yo no existiré. ¡Estés viva o no, dependo de ti en todo, porque es sagrado el amor que siento por ti!

ALCESTES *(Volviendo en sí e irguiéndose.)*:

-Ya ves, Admeto, en qué lamentable estado me encuentro. Antes de morir quiero, pues, decirte mi deseo. Porque te respeto, he querido que, al precio de mi vida, tú puedas seguir viendo la luz. Muero por ti, cuando podría no morir, y tomar un esposo a mi gusto entre los tesalianos y vivir en la prosperidad de alguna morada real. He rehusado vivir separada de ti, junto a unos hijos huérfanos, y he sacrificado todos los dones de mi juventud que eran mi alegría. Tu padre y tu madre te han abandonado, pese a tener una edad en que morir no es ya una tragedia, y no han querido dar su vida a cambio de la tuya, aunque con ello se habrían cubierto de gloria. Eres su único hijo, y, muerto tú, no les quedaba siquiera la esperanza de tener otros hijos. Yo podría vivir si ellos hubiesen querido, y tú no gemirías durante el resto de tu vida, privado de tu mujer y educando a unos hijos huérfanos. Pero un dios ha deseado que ocurrieran así las cosas. En cuanto a ti, reconoce cuanto por ti hago y otórgame un favor en gracia a mi sacrificio (no en pago de mi vida, pues la vida no tiene precio), un favor que ha de parecerme justo si eres hombre de buenos sentimientos y quieres a tus hijos tanto como yo. Deja, pues, que sean ellos siempre dueños de nuestra casa, no les des una madrastra que, siendo inferior a mí, pondría sobre tus hijos, que son también los míos, su mano injusta. No hagas eso, te lo suplico. La madrastra que sucede a la esposa es siempre enemiga de los hijos primeros y en nada desmerece de la víbora. Un varón tiene siempre en su padre un baluarte seguro; apela a él y el padre le ampara. Pero a ti, hija mía: ¿cómo se te educará honestamente durante los años de tu virginidad? ¿Qué actitud adoptaría para contigo la segunda mujer de tu padre? Temo que, otorgándote una fama vergonzosa, impidiera tus bodas en la flor de tu juventud. Porque tu madre no podrá ayudarte a la hora de tus esponsales ni estará a tu lado para tranquilizarte en el parto, cuando nada vale tanto como el afecto maternal. Tengo que morir y no será mañana ni pasado cuando habrá de ocurrirme tal desventura, sino ahora mismo; dentro de

unos instantes me contaré ya entre los que han dejado de existir. ¡Adiós! ¡Sed felices! Tú, esposo mío, puedes felicitarte por haber tenido la mejor de las esposas, y vosotros, hijos, por haber nacido de la mejor de las madres.

EL CORO:

-¡Ten valor! En nombre de tu esposo te respondo sin temor: obrará como tú desees si no ha perdido la razón.

ADMETO:

-Así será. No temas. Ya que te poseí viva, muerta serás mi única mujer; jamás me llamará marido suyo ninguna otra esposa tesaliana; ninguna, ni aún nacida de padre noble, ¡ni aún siendo la más hermosa de las mujeres! A los dioses ruego que me baste con guardar a mis hijos, ya que no pude conservarte a ti. Te llevaré luto no un año, sino mientras dure mi vida, ¡oh mujer! Odiaré a mi madre y a mi padre, porque eran mis amigos de nombre, pero no de hecho. En cambio tú me has salvado, dando, por conservarme la vida, lo que más quería. ¿No tengo, pues, razón para gemir al perder una mujer como tú? Pondré fin a las fiestas, los convites, las coronas y los cánticos que llenaban mi morada. Nunca más tañeré el laúd ni incitaré a mi alma a cantar con la flauta líbica, porque contigo morirá todo el encanto que para mí tiene la vida. Pero tu cuerpo, modelado por la mano hábil de los artistas, será colocado en nuestro lecho nupcial; me acostaré junto a él y enlazándolo con mis manos y gritando tu nombre podré creer que eres tú, mi querida mujer, a quien tengo entre los brazos. Frío consuelo, sin duda: pero así aliviaré el peso de mi alma. Me deleitarás apareciéndoteme en sueños, porque es dulce volver a ver durante la noche o en cualquier otro momento a aquellos a quienes se ama. ¡Ah! Si yo poseyera la voz melodiosa de Orfeo para encantar con mis acentos a la hija

de Deméter o a su esposo y sacarte del Hades, allí descendería y no me detendrían ni el perro de Plutón ni Carón, el conductor de almas, sin que hubiese yo devuelto tu vida a la luz. Al menos, espérame allí hasta que yo muera y prepara la morada que habremos de compartir. Ordenaré a mis hijos que me depositen junto a ti en el mismo cofre de cedro para descansar a tu lado. ¡Nunca, ni aun después de la muerte, quiero separarme de ti, oh esposa mía, único ser que me has sido fiel!

EL CORO (*A ADMETO.*):

-Yo, como un amigo por otro amigo, llevaré contigo triste luto por tu esposa, porque es digna de ello.

ALCESTES:

-Hijos míos, ya habéis oído las palabras de vuestro padre: promete no daros jamás una madrastra y no ultrajar mi memoria.

ADMETO:

-Lo afirmo una vez más y cumpliré mi promesa.

ALCESTES (*Empujando a los niños hacia ADMETO.*):

-Con esta condición recibe de mi mano a nuestros hijos.

ADMETO (*Abrazando a los niños.*):

-Recibo a nuestros hijos, querido don de una mano querida.

ALCESTES:

-Sé en mi lugar una madre para ellos.

ADMETO:

-Necesario será, puesto que se hallan privados de ti.

ALCESTES:

-Hijos míos, yo debiera vivir y descendiendo a la tierra.

ADMETO:

-¡Ay de mí! ¡Qué haré si tú me dejas solo!

ALCESTES:

-El tiempo te consolará: el que muere ya no es nadie.

ADMETO:

-Llévame contigo, ¡por los dioses! ¡Llévame bajo tierra!

ALCESTES:

-Basta conmigo, que por ti sucumbo.

ADMETO:

-¡Oh destino, de qué esposa me privas!

ALCESTES:

-Ya me pesan mis apagados ojos.

ADMETO:

-¡Pereceré si me abandonas, mujer!

ALCESTES:

-¡Estoy como muerta; ya no soy nada!

ADMETO:

-¡Alza el rostro! ¡No abandones a tus hijos!

ALCESTES:

-A la fuerza los dejo. ¡Adiós, hijos míos!

ADMETO:

-¡Míralos! ¡Míralos!

ALCESTES:

-¡Ya estoy muerta!

ADMETO:

-¿Qué haces? ¡Me abandonas!

ALCESTES:

-¡Adiós! (*Expira.*)

ADMETO:

-¡Infortunado de mí! ¡Estoy perdido!

EL CORO:

-¡Ha dejado de existir la mujer de Admeto!

EUMELO:

-¡Desdichado de mí! Mi Madre ha bajado a la tierra; ya no existe, oh padre mío, bajo la luz del sol. Nos ha dejado abandonados a una vida de huérfanos. ¡Desventurada! Mira, mira sus párpados y sus manos inertes. (*Arrojándose sobre el cuerpo de ALCESTES.*) ¡Escucha, oh madre, escucha! ¡Soy yo, soy yo, madre, quien te llama, yo, tu hijo inclinado sobre ti!

ADMETO:

-Ella no te ve ni te oye. ¡A vosotros y a mí nos hiere una gran desventura!

EUMELO:

-¡Tan joven, padre mío, me veo sólo, abandonado de mi madre querida! ¡Qué prueba tan cruel! Y tú, hermanita mía, compartes mi pena. ¡Oh padre, en vano tuviste esposa, pues no has llegado con ella a la vejez! Tu muerte, ¡oh madre!, es la muerte de nuestro hogar.

EL CORO:

-Admeto, es preciso soportar esta prueba. Piensa que no eres el primero ni el último de los mortales que ha perdido una noble esposa. Recuerda que todos hemos de morir.

ADMETO:

-Ya lo sé, y no me ha asaltado bruscamente esta tragedia. La conocía y me atormentaba desde hacía tiempo. Celebraré ahora los funerales de este cuerpo. Ayudádme y permaneced aquí, cantando por turno un cántico fúnebre al inexorable dios subterráneo. A todos los tesalios sometidos a mi imperio les ordeno que se asocien a este duelo, con el cabello rasurado y vestiduras negras. Vosotros, los que uncís las cuadrigas o cabalgáis en corceles, cortadles con el hierro las crines. ¡Que en toda la ciudad, durante doce lunas enteras, calle el son de las flautas y de la lira! Jamás sepultaré otro cuerpo más querido que éste, y que, como éste, lo merezca todo de mí. Digna es de que yo la honre, ya que por mí ha muerto. (*Los servidores seguidos de ADMETO y los niños entran al palacio llevando el cuerpo de ALCESTES.*)

## ESCENA VII

### CORO DE CIUDADANOS

EL CORO:

-¡Oh hija de Pelias, que la ventura te asista en los dominios del Hades, en la morada sin sol donde habitarás! ¡Sepa Edes, el dios de negra cabellera, y sepa también el viejo conductor de los muertos que gobierna el remo y el timón, que ella es la mejor de las mujeres que han cruzado el lago de Akerón en la barca de dos remos. Cantarán tu gloria los siervos de las musas con la concha de siete cuerdas de la tortuga montés. Y también en los himnos,

sin acompañar de lira, en Esparta, en el aniversario del mes Ceneano a la plena luz de Selene, así como en la feliz y brillante Atenas: ¡que tan inagotable tema para cantos de poetas dejas al morir! ¿Por qué no estará en mí mano, por qué no tendré poder para sacarte de nuevo a la luz, lejos de las moradas de Edes y de las olas del Cocito con ayuda del remo del río subterráneo? ¡Sólo tú, oh querida entre las mujeres, has osado redimir del Hades a tu marido al precio de tu vida! ¡Séate leve la tierra, mujer! En verdad, si tu marido entrara en otro lecho nupcial, le odiaría, así como tus hijos. Ni la madre de éste ni su anciano padre han querido sepultar su cuerpo bajo tierra por su hijo. ¡Los desdichados no han osado salvar al que dieron el ser, aunque ya tienen blancos los cabellos! ¡Y tú, pese a tu florida juventud, has muerto por tu marido! ¡Ah, si yo tuviera en mi lecho una mujer como tú! Extraños destinos rigen la existencia. ¡Ciertamente, yo vería con gozo transcurrir su vida a mi lado!

*(Aparece HERACLES por la izquierda; lleva en la mano una maza y una piel de león sobre los hombros.)*

## ESCENA VIII

### CORO DE CIUDADANOS Y HERACLES

HERACLES:

-Extranjeros que habitáis estas tierras ferenses: ¿sabéis si hallaré a Admeto en su morada?

EL CORO:

-En su morada está el hijo de Feres, Heracles. Pero: ¿qué te trae al país de los tesalianos? ¿Por qué entras a la ciudad de los ferenses?

HERACLES:

-Llevo a cabo un trabajo ordenado por Euristeo tirintio.

EL CORO:

-¿Adónde vas? ¿A qué error están ligados tus pasos?

HERACLES:

-Voy a robar la cuadriga de Diomedes el tracio.

EL CORO:

-¿Cómo vas a conseguirlo? ¿No sabes quién es ese extranjero?

HERACLES:

-No le conozco; todavía no he ido a la tierra de los bistonios.

EL CORO:

-No podrás adueñarte de los caballos sin combatir.

HERACLES:

-Pero no es dado rehusar esa misión.

EL CORO:

-Habrás de matarle si quieres volver o morirás tú.

HERACLES:

-No es el primer combate que sostengo.

EL CORO:

-¿Qué provecho sacarás si vences al amo de la cuadriga?

HERACLES:

-Llevaré los caballos al rey tirintio.

EL CORO:

-No es fácil hacerles tascar el freno.

HERACLES:

-Lo es, a menos que echen fuego por las narices.

EL CORO:

-Pero despedazan a los hombres con sus quijadas famélicas.

HERACLES:

-Hablas de lo que comen los animales monteses, no los caballos.

EL CORO:

-Ya verás sus pesebres regados de sangre.

HERACLES:

-¿De qué padre dice haber nacido quien los ha criado?

EL CORO:

-De Ares. Es el rey de los guerreros de la Tracia, rica en oro.

HERACLES:

-Mi destino es penoso y busca altas empresas, ya que debo reñir combate con los que Ares ha engendrado, primero con Licaón, luego con Cicno. En tercer lugar, vengo a combatir con los caballos y con el dueño. Pero nadie ha visto jamás al hijo de Alcmena temblar delante de un enemigo. *(ADMETO sale del palacio con la cabeza rasurada y vestiduras negras; los servidores le siguen.)*

## ESCENA IX

CORO DE CIUDADANOS, ADMETO y HERACLES

EL CORO:

-He aquí, en persona, al señor de esta tierra, a Admeto, que sale de su morada.

ADMETO:

-Salud, oh hijo de Zeus, descendiente de la sangre de Perseo.

HERACLES:

-Yo te saludo, Admeto, rey de los tesalios. ¡Sé dichoso!

ADMETO:

-Quisiera serlo. Ya sé cuán benévolo eres.

HERACLES:

-¿Por qué llevas el cabello rasurado en señal de duelo?

ADMETO:

-En este día voy a sepultar un cadáver.

HERACLES:

-¡Que un dios aleje de tus hijos la desdicha!

ADMETO:

-Vivos están en mi morada los hijos que engendré.

HERACLES:

-Si es el muerto tu padre, estaba ya en edad de partir.

ADMETO:

-Mi padre vive y también mi madre, Heracles

HERACLES:

-Entonces: ¿es acaso tu mujer, Alceste, quien ha muerto?

ADMETO:

-A propósito de ella, puedo darte una doble respuesta.

HERACLES:

-¿Dices que ha muerto o vive?

ADMETO:

-Existe y no existe y su suerte me abrumba de dolor.

HERACLES:

-No te entiendo. Hablas de un modo inconcreto.

ADMETO:

-¿No sabes qué destino le estaba reservado?

HERACLES:

-Sé que había resuelto morir por ti.

ADMETO:

-¿Cómo, pues, va a existir aún, si ha consentido en eso?

HERACLES:

-No llores a tu mujer prematuramente; espera a que llegue el instante.

ADMETO:

-Quien había de morir, muerto está, y quien está muerto ya no existe.

HERACLES:

-Sin embargo, el ser y el no ser son cosas diferentes.

ADMETO:

-Tú lo entiendes de una manera, Heracles, y yo de otra.

HERACLES:

-¿Por quién lloras en definitiva? ¿Cuál de tus amigos ha muerto?

ADMETO:

-Una mujer. Me refería a una mujer.

HERACLES:

-¿Forastera o parienta tuya?

ADMETO:

-Forastera y, sin embargo, afecta a mi morada.

HERACLES:

-¿Cómo perdió la vida en ella?

ADMETO:

-Muerto su padre, se educó en mi casa como huérfana.

HERACLES:

-¡Ah, si no te hubiese yo encontrado tan afligido, Admeto!

ADMETO:

-¿Por qué hablas así?

HERACLES:

-Dirigiré mis pasos a otra morada.

ADMETO:

-¡Esto no, oh rey! ¡Que no me ocurra tal desgracia!

HERACLES:

-La llegada de un forastero es una carga para los afligidos.

ADMETO:

-Los muertos, muertos están. Entra a mi morada.

HERACLES:

-Es vergonzoso aceptar agasajos de un amigo en trance de dolor.

ADMETO:

-Las estancias de los huéspedes están apartadas: a ellas te conduciré.

HERACLES:

-Déjame que me vaya y te quedaré muy agradecido.

ADMETO: -No puedes ir al hogar de otro hombre. *(A un servidor.)*  
 Guíalo, ábrele las estancias hospitalarias de esta morada y ordena a los encargados de ello que preparen buena y abundante comida. *(A los otros esclavos, mientras HERACLES precedido del servidor entra al palacio por una puerta lateral.)* Vosotros, cerrad las puertas interiores. No es correcto que los convidados oigan nuestros gemidos ni que nuestro dolor entristezca a los huéspedes. *(Los esclavos entran al palacio.)*

## ESCENA X

CORO DE CIUDADANOS Y ADMETO

EL CORO:

-¿Qué haces? ¿Cómo, abrumado por semejante desdicha, Admeto, te atreves a recibir huéspedes? ¿Estás loco?

ADMETO:

-¿Me aprobarías si hubiese yo rechazado de mi morada y de la

ciudad al huésped que a mi venía? En nada habría disminuido así mi desgracia y yo no hubiese podido mostrarme hospitalario. A mis males se añadiría la desdicha de que llamasen inhospitalaria mi casa. Yo mismo tengo en él un anfitrión excelente cuando voy a la árida tierra de Argos.

EL CORO:

-¿Por qué, entonces, has querido ocultarle tu desventura, siendo ese hombre tu amigo, como tú mismo dices?

ADMETO:

-Jamás habría él consentido en aceptar mi hospitalidad si se hubiese enterado de mis desdichas. Mi conducta no le hubiese parecido cuerda y no la hubiera aprobado. Pero las puertas de mi morada no saben rechazar ni ofender a los forasteros. *(ADMETO entra al palacio.)*

## ESCENA XI

CORO DE CIUDADANOS

EL CORO:

-¡Oh morada de un hombre libre, hospitalaria para todos! Apolo Pitio, el de la melodiosa lira, se ha designado habitarte, y ha sufrido ser pastor bajo tu techo, y ha cantado a tus rebaños aires pastorales en la ladera de las colinas. Y con ellos pacían, amansados por tus cantos, los linceos tachonados; y dejando los matorrales del Otris, acudía la manada de los fieros leones; y en torno de la cítara saltaba el pintado pavo real, cruzando con ligero pie por entre los abetos de alta cabellera para regocijarse con su canto alegre. Por eso Admeto habita en una morada muy

abundante en ovejas, junto al Bebis de hermosas aguas. Y tiene el éter de los molosos por confín de sus tierras labradas y de sus verdes llanuras, y es señor hasta en el mar Egeo, hasta en la inabordable orilla del Pelios. Y ahora va a recibir un huésped en su morada, con los ojos húmedos todavía del llanto vertido por su querida mujer que acaba de morir. El hombre bien nacido honra la piedad, y la nobleza de alma salta por encima de todas las barreras para cumplir su deber. Todos los dones de la sabiduría son otorgados a los hombres justos. Por eso abrigo en mi alma esperanza de que el hombre piadoso conquiste todas las prosperidades. (*ADMETO sale del palacio seguido de varios esclavos que llevan sobre sus hombros el lecho donde yace el cuerpo de ALCESTES; sigue un largo cortejo de servidoras y servidores vestidos de luto y cargados de ricas ofrendas para la muerta.*)

## ESCENA XII

CORO DE CIUDADANOS, ADMETO y SERVIDORES

ADMETO:

-Gente de Feres, que me otorgáis vuestra simpatía: el cuerpo de mi esposa está preparado. Los servidores lo llevan en hombros a la pira elevada y luego a la tumba. Vosotros, siguiendo el rito, saludad a la muerta; que emprende su último viaje.

EL CORO:

-Veo llegar a tu padre con paso senil seguido de los servidores que llevan en sus manos las galas con que se honra a los muertos. (*Entra por la derecha el viejo FERES.*)

*Tiene la espalda encorvada por los años y anda con paso menudo. Le siguen los servidores llevando ornamentos fúnebres.)*

## ESCENA XIII

CORO DE CIUDADANOS, ADMETO, FERES y  
SERVIDORES

FERES:

-Vengo a compartir tus penas, hijo, porque has perdido a la más buena y casta de las mujeres; pero es preciso soportar esta desventura aun siendo tan abrumadora. Recibe estas galas que acompañarán a tu esposa bajo tierra. Debemos honrar el cuerpo de la que ha muerto por salvar tu vida, hijo mío, de la que no ha querido privarme de mi hijo, de la que no ha permitido que me consuma en una vejez desdichada. Realizando tan noble acción ha conquistado para todas las mujeres una gloria suprema. ¡Salve, mujer que me has conservado a mi hijo y me has alzado cuando yo caía! ¡Deseo que seas dichosa en las moradas de Edes! Matrimonios así son los que hacen felices a los mortales; si no se ha de lograr tal felicidad, no vale la pena casarse.

ADMETO (*Avanzando hacia su padre con un gesto de furor.*):

-No te he llamado para que asistieras a estos funerales, y tu presencia no se cuenta entre las cosas que me son gratas. Jamás se pondrá ella estas galas que de ti vienen y recibirá sepultura sin que tenga necesidad de nada que te pertenezca. Debiste gemir cuando yo iba a perecer: entonces era tiempo. Pero permaneciste alejado, dejando morir a una mujer joven, aunque tú eres ya viejo, y ahora, ante el hecho consumado, lloras por esa muerte. No eres mi padre, ni es mi madre la que dice haberme dado el ser; ¿es que, nacido por ventura de una sangre servil, me confiaron furtivamente a los pechos de tu mujer? En esta prueba has demostrado quién eres y no me tengo por tu hijo. Seguramente, ganas a todos en cobardía, ya que, siendo muy viejo y llegando al término de la vida, no has

querido ni te has atrevido a morir por tu hijo. La habéis dejado morir a ella, a esta mujer ajena a vosotros, y a quien yo tengo derecho a considerar como padre y madre para mí, pues ella con su actitud lo ha merecido. Sin embargo, habría sido un bello sacrificio el que hubieras hecho muriendo por tu hijo, aparte de que te queda por vivir muy poco tiempo. Así hubiésemos permanecido juntos los dos el resto de nuestra existencia y yo no gemiría hoy, solo y privado de la mejor de las esposas. No obstante, tú has gozado de todo cuanto un hombre dichoso puede tener. En la flor de la juventud tú estabas ya en posesión del poder supremo; tenías en mí a un hijo para heredar este palacio; no te amenazaba, pues, el peligro de morir sin sucesión y de verte obligado a abandonar una morada sin hijos a la voracidad de gentes extrañas. Tampoco puedes decir que me has entregado a la muerte por haber despreciado yo tu vejez, ya que siempre me has inspirado un respeto ejemplar. ¡Y en pago, así me recompensáis mi madre y tú! Engendra, pues, sin pérdida de tiempo, otros hijos que te asistan en tu vejez y que, después de muerto, atavien tu cuerpo y lo expongan en público. Porque yo no he de sepultarte con mi mano, pues he muerto para todo cuanto a ti concierne; y si veo la luz por haber encontrado otro salvador, de él me proclamaré hijo y seré afectuoso guardián de la vejez. Mienten, pues, los ancianos cuando dicen anhelar morir, maldiciendo de la vejez y lamentándose de la excesiva longitud de la vida. Al acercarse la muerte, nadie quiere morir y la vejez ya no resulta una carga.

EL CORO:

-¡Calla! ¡Ya basta, Admeto, con el dolor presente! ¡Guárdate siempre de exasperar a un padre!

FERES:

-¿A quién injurias, hijo? ¿Es a algún lidio o a algún frigio comprado por dinero? ¿No sabes que soy tesaliano, hijo de

padre tesaliano, que nací libre? Me ultrajas en demasía. Y ya que lanzas contra mi toda la furia de tu juvenil insolencia, no saldrás impune de ello. Te he engendrado y educado para que fueras dueño de mi morada; pero no debo morir por ti, porque no es ley de los abuelos ni de la Hélade que los padres mueran por sus hijos. Tuyos son tu vida y tu destino, así en la dicha como en el infortunio. Cuanto podíamos darte nosotros ya lo posees. Numerosos son tus vasallos y, en su día, numerosos serán los pletros de tierra que de mí recibirás, igual que yo los recibí de mi padre. ¿En qué, pues, te he ultrajado? ¿De qué te he privado? No mueras por mí como yo no he muerto por ti. Si te place ver la luz del sol: ¿por qué has de creer que a tu padre le disgusta verla? Yo entiendo que es demasiado largo el tiempo que se pasa debajo de la tierra y que la vida es tan corta como dulce. ¡Vive tú, que te has debatido impudicamente por no morir, buscando evitar tu destino y consintiendo que la víctima fuese tu propia mujer! Y tú hablas de mi cobardía, tú que te has dejado vencer como el más indigno de los cobardes por esa mujer que ha querido morir por ti, por su bello marido. Puedes decir que has hallado un medio ingenioso de no morir nunca, si, cada vez que te amenace la muerte, logras persuadir a tu mujer del momento a que sucumba por ti. Y nos insultas a nosotros, los tuyos, y nos llamas cobardes cuando tú mismo te has conducido como tal. ¡Calla! Comprende que si amas tu propia vida, también los demás aman la suya. Y piensa que si me insultas, también tú escucharás muchos insultos merecidos.

EL CORO:

-¡Basta ya de injurias! Anciano: cesa de desencadenar tu ira contra tu hijo.

ADMETO:

-Habla si quieres. Y si la verdad hiere hoy tus oídos, piensa que tu proceder debió ser distinto para no merecerla.

FERES:

-Más culpable hubiese sido muriendo por ti.

ADMETO:

-¿Acaso es igual morir joven que viejo?

FERES:

-Para un ser, y no para dos, debemos vivir.

ADMETO:

-Supongo que te gustaría vivir más años que el propio Zeus.

FERES:

-¿No entierras tú, en lugar del tuyo, ese cadáver?

ADMETO:

-Esta es la prueba de tu cobardía, miserable.

FERES:

-No te atreverás a decir que soy responsable de su muerte.

ADMETO:

-¡Quieran los dioses que algún día necesites de mí!

FERES:

-¡Cásate con una muchedumbre de mujeres y así dispondrás de diversas esposas que mueran por ti!

ADMETO:

-¡Vergüenza para ti, que no has querido morir!

FERES:

-Muy cara me es esta luz divina.

ADMETO:

-A pesar de todo, morirás; pero morirás deshonorado.

FERES:

-Poco me importa que hablen mal de mí, una vez muerto.

ADMETO:

-¡Qué impúdica es la vejez! Vete y déjame sepultar este cadáver.

FERES:

-Ya me voy. Sepulta a la que mataste. Pero te castigarán tus allegados, que no sería hombre Acasto si no vengara en ti la muerte de su hermana.

ADMETO:

-¡Perezcas tú mismo y perezca también la que contigo habita! Envejeced como os merecéis, privados de vuestro hijo, porque no volveréis a estar bajo el mismo techo que yo.  
(*FERES se aleja lentamente, precediendo a su séquito.*)

ADMETO (*A la comitiva fúnebre.*): -En cuanto a nosotros, puesto que es fuerza soportar la presente desventura, vamos a colocar en la pira este cadáver. (*Se aleja la comitiva fúnebre.*)

EL CORO (*Mientras se aleja el cortejo.*):

-¡Oh pobre víctima de tu valor, alma generosa e incomparable, adiós! ¡Que Hermes subterráneo sea benévolo contigo y que Edes te acoja bien! Y si se recompensa allí a los buenos, participa de esos bienes y siéntate junto a la esposa de Edes! (*La escena ha quedado vacía. Al poco rato, el esclavo que introdujo a HERACLES sale del palacio por la misma puerta lateral.*)

## ESCENA XIV

SERVIDOR:

-Muchos huéspedes de todos los países han llegado en infinidad de ocasiones a la casa de Admeto. Yo mismo les he servido la comida. Pero jamás otro huésped más brutal que ése pisó esta morada. Luego, conociendo la desgracia que nos hiere, lejos de recibir con moderación la hospitalidad, se muestra exigente. Después, tomando una copa coronada de hiedra, bebe vino puro de racimo negro, hasta que el néctar le calienta los sesos; así corona su cabeza con ramas de mirto y chilla como un insensato. Allí dentro he dejado un cántico doble, pues cantaba el huésped, preocupándose poco de los males que afligen la morada de Admeto, y llorábamos nosotros, los servidores; sin embargo, no hemos mostrado al huésped nuestros ojos mojados de lágrimas, porque así nos lo había ordenado Admeto. He servido la comida a un extranjero que no puede ser otra cosa que un ladrón o un salteador, y mientras mi señora salió de esta morada y no he podido seguirla ni tenderle la mano, a ella que era como una madre para todos los servidores. Ella nos evitaba muchos males, aplacando la cólera de su marido. ¿Cómo no voy a odiar a ese extranjero que ha caído en medio de nuestro dolor?

## ESCENA XV

HERACLES y SERVIDOR

*(HERACLES sale del palacio con una copa en la mano y coronado de mirto.)*

HERACLES:

-¡Hola! ¿Qué significa esa mirada inquieta y grave? Un servidor no debe nunca mostrarse triste ante los huéspedes y ha de dispensarles una afable acogida. Pero tú, viendo aquí a un amigo de tu señor, le recibes de mal talante, y con el ceño fruncido, porque tomas a pecho una desgracia ajena. Ven acá y te enseñaré a ser más cuerdo. ¿Conoces tú la condición de los seres y las cosas mortales? Escúchame: es necesario que mueran todos los hombres y no hay un solo mortal que sepa si vivirá mañana. Es inseguro el curso de la fortuna, no se sabe por dónde va, nadie nos lo puede mostrar, ninguna ciencia puede revelárnoslo. Ya estás, pues, informado. ¡Regocíjate, bebe, vive al día y deja a la fortuna lo demás! Honra también a Cipris, que es para los mortales la más dulce de las diosas, porque es una diosa amable. Olvida lo demás y ten en cuenta mis palabras si te parecen justas, como así lo espero. ¿No quieres beber conmigo, desechando tu excesiva tristeza, y trasponer esas puertas, coronado de flores? El ruido de las copas te conducirá a buen puerto, quitándote esta tristeza y este dolor. Ya que somos mortales, conviene que nos conformemos con las cosas mortales. Porque, a mí entender, para todos los hombres tristes y austeros la vida no es la verdadera vida, sino una tragedia.

SERVIDOR:

-Lo sé; pero lo que siento no es para reír ni participar en festines.

HERACLES:

-La muerta era una extraña para ti; no gimas ya más, puesto que los dueños de esta morada están vivos.

SERVIDOR:

-¿Vivos? Tú ignoras los males que afligen a esta morada.

HERACLES:

-Acaso tu amo me haya engañado.

SERVIDOR:

-Creo que ha ido demasiado lejos en su hospitalidad.

HERACLES:

-¿Sería justo que, a causa de los funerales de una persona extraña, me la hubiese negado?

SERVIDOR:

-¡Pero si no era una extraña!

HERACLES:

-¿Ocurre, pues, alguna desgracia que me ha ocultado?

SERVIDOR:

-No te inquietes. Sólo nosotros debemos entristecernos por los males de nuestros amos.

HERACLES:

-Esas palabras no indican que se trate de una desgracia ajena.

SERVIDOR:

-Si así fuera, no me apenaría verte sentado al festín.

HERACLES:

-¿Habré sufrido, pues, una grave injuria por parte de mi anfitrión?

SERVIDOR:

-No has llegado en momento oportuno para ser bien recibido, porque estamos de luto: ya ves nuestros cabellos rapados y nuestros peplos negros.

HERACLES:

-¿Quién ha muerto, pues? ¿Uno de los niños? ¿El anciano padre?

SERVIDOR:

-La muerta es la propia esposa de Admeto, ¡oh forastero!

HERACLES:

-¿Qué dices? ¿Y me dais, sin embargo, hospitalidad?

SERVIDOR:

-A mi señor le apenaba alejarte de su casa.

HERACLES:

-¡Oh desventurado, qué compañera has perdido!

SERVIDOR:

-Perecemos todos; no es ella sola quien perece.

HERACLES:

-Lo presentí al ver sus ojos anegados en llanto, su cabellera rapada y su apenado rostro; pero me ha convencido, diciéndome que iba a sepultar un cuerpo extraño. No creas que bebía yo de buen grado en la morada de un hombre hospitalario herido por semejante desdicha. ¡Y heme aquí, sentado al festín y coronado de flores! ¿Por qué no me has dicho que afligía a esta casa una tragedia así? (*Tira la copa y arranca la corona de su cabeza.*) ¿Dónde la sepultan? ¿Adónde iré en su busca?

SERVIDOR:

-Por el camino que lleva a Larisa. Fuera ya de la población, verás una tumba de mármol pulido. (*El SERVIDOR entra al palacio.*)

## ESCENA XVI

HERACLES

HERACLES:

-¡Oh corazón mío que a tanto te atreviste! ¡Muestra hoy qué hijo concibió de Zeus la tirintia Alcmena, hija de Electrión! Tengo que salvar a esa mujer que acaba de morir y devolver a Alcestes a esta morada, demostrando así mi gratitud a Admeto. Buscaré a Tánatos, rey de los muertos, cubierto de negros peplos. Lo espiaré y espero encontrarlo bebiendo junto a las tumbas sangre de sus víctimas. Y si puedo cogerlo tras de tenderle una celada, lo rodearé con mis brazos, ¡y nadie podrá arrancarme sus flancos desgarrados mientras no me haya devuelto a esa mujer! ¡Pero si me arrebatan esa presa, descenderé bajo tierra a la oscura morada de Core y del rey Edes, y reclamaré a Alcestes, y confío en devolverla a la tierra y dejarla en manos del anfitrión que me ha recibido en su casa, que no me ha rechazado, aun hallándose herido por esa cruel desgracia, que ha ocultado, generoso, por respeto a mí. ¿Existirá otro hombre más hospitalario entre los tesalios y los habitantes de la Hélade? Pero no podrá decir que fue benévolo para un ingrato con quien se mostró tan generoso. *(Sale. De nuevo la escena queda vacía. ADMETO reaparece seguido del CORO. El cortejo avanza pausadamente.)*

## ESCENA XVII

### ADMETO Y CORO DE CIUDADANOS

ADMETO:

-¡Ay, qué triste aspecto el de mi morada vacía! ¡Ay de mí! ¿Adónde iré? ¿En dónde me detendré? ¿Qué diré? ¿Qué no diré? ¡Si pudiese morir! ¡Para un triste destino me dio mi madre el ser! ¡Envidio la ventura de los muertos; ya sólo habitar con ellos deseo! ¡Ya no me alegro de ver la luz, ni de dejar la huella de mis pies en la tierra, después que

Tánatos ha entregado tal prenda a Edes!

EL CORO:

-¡Avanza, avanza! ¡Penetra en lo más profundo de tu morada! ¡Sufres males lamentables!

ADMETO:

-¡Ay de mí!

EL CORO:

-Bien sé que te abrumba el dolor. Ningún socorro puedes prestar a la muerta.

ADMETO:

-¡Ay de mí!

EL CORO:

-¡Qué triste es no ver más que el querido rostro de una mujer querida!

ADMETO:

-Me recuerdas lo que desgarró mi corazón. ¿Qué mayor desdicha para un marido que perder una esposa fiel? ¿Pluguiera a los dioses que nunca hubiese habitado con ella esta casa. Envidio la dicha de los hombres que no tienen esposa ni hijos. Sólo tienen un alma, y es carga ligera sufrir por ella; pero no se puede soportar el ver enfermos a los hijos o devastado el lecho nupcial, cuando se pudo vivir toda la vida sin hijos y sin mujer.

EL CORO:

-¡Este es el destino, el inevitable destino!

ADMETO:

-¡Ay de mí!

EL CORO:

-¿Nada intentas para poner fin a tus males?

ADMETO:

-¡Ay de mí!

EL CORO:

-Pesadas de soportar son tus penas, pero debes soportarlas.

ADMETO:

-¡Ay de mí!

EL CORO:

-No eres tú el primero que ha perdido una mujer. Un sinfín de desventuras abrume a los mortales.

ADMETO:

-¡Oh luto, oh dolor por los seres queridos que yacen bajo tierra! ¿Por qué me has impedido arrojarme, por lo menos, a la fosa abierta donde ella está sepultada? En vez de una sola, Edes hubiese recibido dos almas fieles cruzando juntas el pantano subterráneo.

EL CORO:

-Tenía yo un pariente próximo cuyo único hijo, digno de ser llorado, dejó de existir; sin embargo, aquél soportó su desventura con resignación, aun cuando quedó privado de hijos y ya tenía blancos los cabellos y estaba encorvado por los años. *(ADMETO se balla ahora ante la puerta del palacio. Se detiene, absorto, en larga contemplación.)*

ADMETO:

-¡Oh mi casa! ¿Cómo cruzar el umbral? ¿Cómo habitar en ella después de tanta desventura? ¡Ay de mí! ¿Cuán distintos pueden ser los tiempos? Entré entonces con las antorchas pelianas, al son de cánticos nupciales, llevando de la mano a mi querida mujer. Un cortejo de amigos nos seguía ruidosamente, proclamándonos dichosos, porque éramos eupátridas uno y otro, esposos y descendientes de noble raza. ¡Y ahora se escuchan sólo lamentos en vez de cantos nupciales, y en lugar de peplos blancos son negras vestiduras las que me acompañan al desierto lecho nupcial!

EL CORO:

-Te ha sobrevenido este dolor en medio de tu fortuna, cuando aún no habías sufrido por nada; pero conservas la vida y el alma. Tu esposa ha muerto y su amor te abandona; ¿qué hay de extraño en ello? La muerte ha separado ya de su mujer a muchos hombres.

ADMETO:

-Amigos, creo que el destino de mi mujer es más feliz que el mío propio. Porque en lo sucesivo no la alcanzará ningún dolor y ya está redimida de muchas miserias. ¡Pero yo, que no debía vivir, arrastraré una vida lamentable tras de sobrellevar el momento fatal! ¿Cómo tendré valor para entrar a mi morada? ¿A quién hablaré? ¿Quién me hablará? ¡Me perseguirá la soledad de las estancias, al ver yo el lecho desierto de mi esposa y vacío el sitial donde ella se sentaba! Y mis hijos, abrazados a mis rodillas, llorarán a su madre y también los servidores llorarán a su señora. Así estará mi casa. Y fuera de ella, me atormentarán las bodas de los tesalianos y no tendré valor para mirar a las mujeres que tengan la misma edad que mi mujer. De mí dirá cada enemigo mío: «¡He aquí al que sufre de vergüenza de vivir, y no se ha atrevido a morir, y por cobardía ha entregado su esposa a la muerte! ¡Y, sin

embargo, se cree un hombre! ¡Y odia a sus padres cuando él mismo no ha tenido valor para sucumbir!» Esto dirán de mí. ¿Por qué, pues, amigos, he de anhelar vivir afligido por una mala fama y una mala fortuna? (*ADMETO se cubre el rostro con su manto y permanece frente al umbral de su casa, inmóvil y abrumado.*)

EL CORO:

-He sido transportado por las Musas a las regiones uránicas y he estudiado muchas cosas y no he hallado nada más poderoso que la Necesidad; ni los remedios inscritos en las tabletas tracias y enseñados por Orfeo ni aquellos, aun siendo tantos, que Febo ha transmitido a los Asclepiádes para acudir en ayuda de los mortales que sufren. Ella es la única diosa a cuyos altares no puede uno acercarse. No admite víctimas. ¡Oh Venerable, no seas conmigo más cruel de lo que hasta ahora fuiste en mi vida! Porque todo lo que Zeus aprueba, tú lo llevas a cabo. ¡Doblegas por fuerza el valor y el hierro de los calibes, tú a quien esa diosa ha apresado con los tentáculos inevitables de sus manos, porque llorando nunca devolverás a la luz del día los muertos que están bajo tierra. También los hijos de los dioses van a las tinieblas y a la muerte. Querida nos era Alceste cuando estaba con nosotros, y querida nos sigue siendo, aunque esté muerta, porque tenías por compañera a la más generosa de las mujeres. ¡No se parezca la tumba de tu mujer a la de los demás difuntos, y sea honrada igual que los dioses y venerada por los viajeros! Y diga quien pase por el camino: «¡Esta mujer murió por su marido en otro tiempo y ahora es una diosa feliz! ¡Salve, oh Venerable, y sénos propicia!» Con estas palabras se la saludará. Pero parece, Admeto, que ahí viene el hijo de Alcmena acercándose a tu morada. (*Aparece HERACLES llevando de la mano a una mujer cubierta con un velo.*)

## ESCENA XVIII

ADMETO, CORO DE CIUDADANOS,  
HERACLES Y MUJER

HERACLES:

-Hay que hablar con libertad a los amigos, Admeto, y no reprimir, callando, ningún reproche del corazón. Yo, que presenciaba tu desdicha, pensé que me tratabas como a un amigo sincero; y, sin embargo, no me has confiado que ese cuerpo fuera el de tu mujer, sino que me has dado hospitalidad en tu casa, como si sólo ti inquietara una desgracia ajena. Y he coronado mi cabeza y he ofrecido libaciones a los dioses en tu morada que gime. De verdad me duele la conducta que has observado conmigo. Sin embargo, no es mi intención afligirte en tu dolor y sólo quiero decirte por qué he vuelto aquí. Recibe de mí esta mujer y guárdala hasta que yo vuelva trayendo los caballos tracios después de matar al tirano de los bistonios. Pero si el destino me es adverso (*no lo quieran los dioses a quienes ruego que me dejen regresar*), quédate con ella para que sirva en tu casa. Mucho me ha costado conseguirla, porque tomé parte en un combate público en el que se ofrecía a los atletas digno premio a su esfuerzo y me he llevado esta mujer como recompensa por mi victoria. En los combates fáciles se reservaban caballos para los vencedores, y en los más arriesgados, pugilato o lucha, cabezas de ganado y además una mujer. Yo me encontraba

allí por casualidad y me hubiese avergonzado desdeñar tan valioso premio. Y te digo que debes cuidar de esta mujer, porque no la he logrado con astucia, sino con esfuerzo. Acaso me des un día las gracias.

ADMETO:

-No fue por desdén ni por tratarte como enemigo por lo que te oculté el desdichado destino de mi esposa; pero hubiese sido un dolor añadido a mi dolor el que te alojara en la casa de otro anfitrión. Mas, si es posible, te suplico, ¡oh rey!, que confíes esta mujer a cualquier otro tesalio que no haya sufrido lo que he sufrido yo, pues numerosos tienes entre los ferenses. No me recuerdes mis males. Al ver que a esta mujer en mi morada no podría contener el llanto. No añadas un nuevo pesar a los que sufro; bastante me pesa ya mi cruel desventura. Además: ¿en qué lugar de la casa se podría atender a esta joven? Porque es muy joven, a juzgar por su aspecto y su atavío. ¿Cómo podría habitar bajo el mismo techo que los hombres y permanecer casta en medio de ellos? No es fácil, Heracles, reprimir a los jóvenes. Hablo en interés tuyo. ¿O bien, para cuidar de ella, habría de alojarla en el aposento de la muerta? ¿Cómo acostarla en el lecho de la otra? Temo que ello suscitará un doble reproche: el de los ciudadanos, que me acusarían de traicionar a la que todo lo merece de mí acostándome en el lecho de otra joven, y el de la muerta, tan digna de mi respeto y cuya memoria debo siempre honrar. Pero, ¡oh mujer!, quienquiera que seas, qué parecido al de Alceste es tu aspecto. (*ADMETO rompe a llorar.*) ¡Por los dioses, aleja de mi vista a esta mujer! ¡No me hagas tanto daño, porque al mirarla me parece estar viendo a la mía! Su presencia turba mi corazón y de mis ojos brota un caudal de llanto. ¡Infortunado de mí! ¡Hasta ahora no comprendí cuán cruel es mi desdicha!

EL CORO:

-En realidad, no puedo felicitarte por tu fortuna; pero, sea cual fuere, siempre hay que aceptar el don de un dios.

HERACLES:

-Pluguiera a los dioses que tuviera yo poder bastante para otorgarte la gracia de librar a tu esposa de las moradas subterráneas y devolverla a la luz.

ADMETO:

-Sé que lo harías si en tu mano estuviera, pero ¿cómo lograrlo? Es imposible. Los muertos no vuelven a la luz.

HERACLES:

-Ten calma. Soporta tu desdicha.

ADMETO:

-Más fácil es aconsejar a los demás que soportar el propio mal.

HERACLES:

-¿Qué conseguirás gimiendo sin cesar?

ADMETO:

-Nada. Lo sé. Pero es algo más fuerte que yo.

HERACLES:

-El amor que se tuvo a los muertos invita al llanto

ADMETO:

-No puedo expresar hasta qué punto estoy abatido.

HERACLES:

-Has perdido, sin duda, una excelente esposa.

ADMETO:

-Y con ella el placer de vivir.

HERACLES:

-El tiempo cerrará tu herida sangrante aún.

ADMETO:

-Así será si el tiempo significa la muerte.

HERACLES:

-Nueva mujer y nuevas nupcias te consolarán.

ADMETO:

-¡Cállate! ¿Qué dices? Nunca lo creyera de ti.

HERACLES:

-¿Por qué? ¿No contraerás nuevas nupcias? ¿Permanecerá vacío tu lecho?

ADMETO:

-Ya nunca lo compartiré con otra mujer.

HERACLES:

-¿Crees servir así el recuerdo de la muerta?

ADMETO:

-Dondequiera que ella esté, mi deber es honrarla.

HERACLES:

-Apruebo tu fiel amor por tu mujer.

ADMETO:

-¡Deje yo de existir si la traiciono, aun después de muerta!

HERACLES (*Tomando la mano de la desconocida e intentando que ADMETO la tome entre las suyas.*):

-Pese a todo, recibe a esta joven en tu noble morada.

ADMETO (*Apartándola con un gesto.*):

-¡Oh no, no! ¡Por Zeus que te engendró te lo suplico!

HERACLES:

-Cometes un grave error si no la admites.

ADMETO:

-Si la admito, el dolor roerá mi corazón.

HERACLES:

-Accede; piensa que acaso sea por tu bien.

ADMETO:

-¿Por qué, por qué te habrán entregado esta mujer en recompensa?

HERACLES:

-Mi victoria, sin embargo, es también la tuya.

ADMETO:

-Tienes razón; ¡pero que esta mujer se vaya!

HERACLES:

-Se irá, si conviene. Pero piensa antes si conviene realmente.

ADMETO:

-Conviene, siempre que ello no me prive de tu amistad.

HERACLES:

-Yo sé muy bien por qué insisto tanto.

ADMETO:

-Tú has ganado. Pero yo cedo sólo para complacerte.

HERACLES:

-Algún día me lo agradecerás.

ADMETO (*A los criados.*):

-Conducidla adentro, puesto que hay que acogerla.

HERACLES:

-No confiaré esta mujer a tus esclavos.

ADMETO:

-Entonces, acompaña la tú, si quieres.

HERACLES:

-No. Sólo a tus manos quiero confiarla.

ADMETO:

-No la tocaré. Pero que entre ella sola; es libre.

HERACLES:

-Llévala tú de la mano.

ADMETO:

-No me obligues a obrar contra mi voluntad.

HERACLES:

-Atrévete a tender la mano y tocar a la forastera.

ADMETO (*Tiende la mano derecha a la desconocida, volviendo la cabeza.*):

-Bien, ya la tiendo.

HERACLES:

-Como si cortaras la cabeza de Gorgona. ¿Tienes bien sujeta la mano de ella?

ADMETO:

-Sí.

HERACLES:

-Guárdala, pues, y algún día proclamarás que el hijo de Zeus es huésped generoso. (*Se acerca a la mujer y le quita el velo. La mujer es ALCESTES.*) Mírala y verás si realmente tiene algún parecido con tu mujer. ¡Y que la felicidad disipe tu pena!

ADMETO (*Soltando la mano de ALCESTES y retrocediendo.*):

-¡Por los dioses! ¿Qué decir? ¡Prodigio inesperado! ¿Es realmente mi mujer la que estoy mirando? ¿O es una falsa alegría que algún dios maligno me depara?

HERACLES:

-No. Estás viendo a tu propia esposa.

ADMETO:

-¡Puede ser sólo un fantasma del otro mundo!

HERACLES:

-Tu huésped no es un evocador de almas.

ADMETO:

-Pero: ¿es ésta la esposa que hace poco sepulté?

HERACLES:

-Esa. Pero tu desconfianza es muy comprensible.

ADMETO:

-¿Puedo tocarla, hablarle como a un ser viviente?

HERACLES:

-Háblale. Ya tienes todo cuanto deseabas.

ADMETO (*Estrechando a ALCESTES en sus brazos.*):

-¡Oh mi bien amada! ¡Contra toda esperanza son míos tu rostro y tu cuerpo, cuando ya desesperaba de volverte a ver!

HERACLES:

-La posees. Pero que ahora la envidia de los dioses te sea leve.

ADMETO:

-¡Oh generoso hijo del magno Zeus, para ti sea toda ventura y que por siempre pueda protegerte el padre que te engendró. ¡Tú solo me lo has devuelto todo! Pero: ¿cómo has podido rescatarla del Hades y volverla a la luz?

HERACLES:

-Librando batalla con el dios que era su dueño.

ADMETO:

-¿Has combatido, pues, con Tánatos?

HERACLES:

-Escondido cerca de la tumba, me apoderé de él con un solo golpe certero.

ADMETO:

-Pero dime: ¿por qué Alcestes permanece sin voz?

HERACLES:

-No te será permitido oír su palabra mientras no esté purificada de su consagración a los dioses subterráneos, ni antes que, por tres días consecutivos, se haya levantado el sol. Ahora, penetra con ella en tu morada y sigue siendo justo, Admeto, y respetando piadosamente a tus huéspedes. ¡Salve! Parto a cumplir la tarea que el rey, hijo de Estenelo, me ha impuesto.

ADMETO:

-Quédate con nosotros y comparte nuestro hogar.

HERACLES (*Alejándose.*):

-No es posible. Volveré. Hoy precisa que me apresure.

ADMETO (*Despidiéndolo con un ademán.*):

-Sé dichoso, pues, y buena suerte. Quieran los dioses que pronto regreses. (*Volviéndose hacia EL CORO.*) He aquí mis órdenes: ¡que los ciudadanos y toda la Tetrarquía celebren con cánticos este acontecimiento y que humeen los altares en medio de sacrificios y plegarias! Porque en este día hemos cambiado el pasado por una vida mejor. ¡Ante todos proclamo mi gran ventura! (*Entra al palacio llevando de la mano a ALCESTES.*)

## ESCENA XIX

### CORO DE CIUDADANOS

EL CORO:

-Innumerables y diversas son las formas de los acontecimientos suscitados por el Destino. Lo que esperamos no se realiza y un dios trae, en cambio, cosas inesperadas. Así queda demostrado con todo cuanto acaba de suceder.

F I N

## INDICE

Argumento .....	2
Personajes .....	3
Escena I .....	4
Escena II .....	5
Escena III .....	7
Escena IV .....	8
Escena V .....	9
Escena VI .....	10
Escena VII .....	13
Escena VIII .....	14
Escena IX .....	15
Escena X .....	17
Escena XI .....	17
Escena XII .....	18
Escena XIII .....	18
Escena XIV .....	20
Escena XV .....	21
Escena XVI .....	22
Escena XVII .....	22
Escena XVIII .....	25
Escena XIX .....	29